

---

---

## ACTO CUARTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Londres.—Ante la Torre.

Entrán de una parte la REINA ISABEL, la DUQUESA DE YORK y DÓRSET; y de la otra ANA, Duquesa de Glóster, conduciendo á MARGARITA PLANTÁGENET, hija de Clarens.

DUQUESA. ¿Quién se acerca? Mi nieta Margarita  
De Glóster por la esposa acompañada;  
Sin duda que á la Torre cariñosas  
Para ver á los Príncipes caminan.  
Hija, guárdete Dios.

ANA. De sus favores

Él es colme.

ISABEL. Y á tí, querida hermana.

¿Dónde vas?

ANA. A la Torre solamente,  
A un acto de piedad. Yo, cual vosotras,  
Saludar á los Príncipes ansío.

ISABEL. Hermana, gracias. Entraremos juntas.  
Aquí el Gobernador á punto llega.

Entra BRAQUENBURIO.

- Señor Gobernador, ¿cómo se hallan  
El Príncipe y su hermano York, mis hijos?
- BRAQ. Señora, bien; mas, con permiso vuestro,  
No puedo consentir vuestra visita:  
Me lo prohíbe el Rey expresamente.
- ISABEL. ¿Qué Rey, decid?
- BRAQ. El Protector, señora.
- ISABEL. ¡Dios lo proteja de que rey le llamen!  
¿Poner á nuestro amor barreras quiere?  
Su madre soy. ¿Quién de ellos me separa?
- DUQUESA. Madre soy de su padre. Quiero verlos.
- ANA. Su tía soy; de madre es mi cariño.  
Llevadme á ellos: vuestra culpa escudo;  
Responsable seré de vuestra falta.
- BRAQ. No, señora: no puedo complaceros:  
Me obliga mi palabra: perdonadme. (Vase).

Entra STÁNLEY.

- STÁNLEY. Trascurrída una hora, saldaros,  
Duquesa, deberé cual madre augusta  
De dos hermosas Reinas.

(A la Duquesa de Glóster).

Al momento

- Venir debéis, señora, á la Abadía,  
Y coronada allí seréis cual reina.
- ISABEL. Mi veste desceñid. ¡Ah! más espacio  
Para latir mi corazón reclama,  
O estalla al són de tan mortal noticia!
- ANA. ¡Nueva cruel! ¡Oh bárbara noticia!
- DÓRSET. Madre, no desmayéis: tranquilizaos.
- ISABEL. ¡Oh! Dórset; no me hables: véte, véte,  
La destrucción, la muerte te persiguen.  
Para sus hijos de tu madre el nombre  
Fatal es: cruza el mar para salvarte:

- A Richmond busca y el infierno evita.  
Huye, pues; huye, pues, del matadero,  
No perezcas también; y muera esclava  
Yo de la maldición de Margarita;  
Ni madre ya, ni esposa ya, ni Reina.
- STÁNLEY. Juiciosos son, señora, esos consejos.  
Aprovechad sin dilación las horas;  
Cartas tendréis de mí para mi hijo,  
Que os podrán alcanzar en el viaje.
- DUQUESA. ¡Oh aciagos aires que esparcís el duelo!  
¡Ventre mío fatal, nido de muerte,  
Al mundo diste á luz un asesino  
Que con la vista, basilisco, mata!
- STÁNLEY. Venid, señora, la ocasión apremia.
- ANA. Y yo sin voluntad seguimos debo.  
¡Pluguiera á Dios que fuese el áureo borde  
De ese metal que ceñirá mi frente  
Candente acero y me abrasara el cráneo!  
¡Ungida sea con mortal ponzoña;  
Y muera sin oír «viva la Reina!»
- ISABEL. Véte, infeliz, que tu esplendor no envidio;  
No males por mi causa te deseas.
- ANA. ¿Por qué no? Cuando aquel que es hoy mi esposo  
Se me acercó, al seguir de Enrique el cuerpo,  
Tintas aún sus manos con la sangre  
De aquel ángel mi esposo, y de ese santo,  
Cuyo cadáver mísera seguía;  
Cuando ví, digo, de Ricardo el rostro,  
¡Maldecido, exclamé, quien me condena  
A mí, tan joven, á viudez tan larga!  
Al casarte el dolor tu lecho ronde;  
Y tu esposa, si existe tal demente,  
Padezca con tu vida, cual padezco  
Con la muerte del sér que asesinaste.

Ni repetir mis maldiciones pude:  
 Mujer al fin, mi corazón cautivo  
 Torpe en la miel quedó de sus palabras;  
 Y en mí mi maldición miré cumplida.  
 Ni descansar pudieron ya mis ojos:  
 Ni un instante en su lecho desde entonces  
 Gocé del sueño el plácido rocío,  
 Sin oír sus medrosas pesadillas.  
 ¡Ah! me odia, pues fué mi padre Várvic,  
 Y pronto se querrá de mí ver libre.

ISABEL. ¡Desventurada, adiós! Te compadezco.

ANA. Y yo también á tí con toda el alma.

ISABEL. Bien hayas tú, cuyo esplendor apena.

ANA. Adiós tú, que de tanto te despides.

DUQUESA. (A Dórset).

Tú, con Ríchmond; y ¡próspera fortuna!

(A Ana).

Tú, con Ricardo; y que el Señor te ampare.

(A Isabel). Tú á rezar con fervor á un santuario.

Yo, tras paz y quietud, á mi sepulcro;

Que en ochenta y más años, por livianas

Horas de gozo, ví de horror semanas.

ISABEL. ¡Mirad! volved la vista hacia la Torre.

¡Oh alcázar, compasión de esos dos niños

Que la envidia aprisiona entre tus muros!

¡Áspera cuna de tan dulces seres!

¡Aya ruda y cruel! ¡Vetusto y tosco

Camarada de príncipes tan tiernos!

¡Piedras, adiós! ¡Tratadlos dulcemente!

¡Así os lo pide mi dolor demente! (Vanse).

## ESCENA II.

Londres.—Un estrado del Palacio.

Marcha. Entran RICARDO coronado, BUCKINGHAM,  
 CATESBIO, un PAJE y acompañamiento.

REY RIC. Apartad. Escuchadme, deudo mío.

BUCKING. ¡Mi soberano excelso!

REY RIC. Ayudadme. (Asciende al trono.)

Tan alto el Rey Ricardo

Por consejos y auxilio vuestro sube.

Mas ¡honos serán de un sole día,

O los podré gozar por largo tiempo?

BUCKING. ¡Que persistan y duren para siempre!

REY RIC. ¡Oh Buckingham! Veremos si moneda

De buena ley sois vos. Eduardo vive.

Pensad qué más diré.

BUCKING. Señor querido,

Continuad.

REY RIC. Pues bien. Ser rey deseo.

BUCKING. Ya lo sois, celeberrimo Monarca.

REY RIC. Ah ¿conque rey? Sí tal; mas vive Eduardo.

BUCKING. Verdad, señor.

REY RIC. ¡Oh amarga consecuencia!

«Verdad, señor,» ser de que Eduardo viva.

No erais tan torpe en otros tiempos, primo.

Lo diré. Quiero ver muerto al bastardo.

Y ahora ¿qué decís? Pronto: sed breve.

BUCKING. Haced lo que gustéis, señor.

REY RIC. Silencio.

De nieve sois; vuestras palabras hielan.

¿Vos en que muera consentís? Decidme.

BÚCKING. Concededme, señor, algún respiro  
Antes de dar respuesta decisiva:  
Resolveré, señor, en el instante. (Vase.)

CATESBIO. (Aparte á otro caballero.)  
Enojado está el Rey: se muerde el labio.

REY RIC. Corazones de bronce necesito  
Y mozos sin astucia: no me placen  
Los que así mis intentos escudriñan.  
El orgulloso Búckingham amaina.  
¡Muchacho!

PAJE. ¿Qué, señor?

REY RIC. ¿Conoces tú quien asesino fuera,  
Si el oro corruptor lo sedujese?

PAJE. A un noble descontento yo conozco  
Cuyo caudal no hermana con su orgullo:  
Con él veinte oradores son dineros,  
Y tentación para cualquier empresa.

REY RIC. Dí su nombre.

PAJE. Señor, Tírrel se llama.

REY RIC. A medias le conozco. Vé en su busca.

(Vase el paje.)

Ya Búckingham astuto y caviloso  
No el vecino será de mis intentos.  
Tan largo tiempo caminé conmigo,  
Que aliento ya le falta. ¡Pues que sea!

Entra STÁNLEY.

Hola, dadme noticias.

STÁNLEY. Señor, se dice que el Marqués de Dórset  
Traspuso el mar para buscar á Richmond.

REY RIC. Catesbio, ven aquí. La voz circula  
De hallarse Ana, mi mujer, enferma;  
Ordenes yo daré porque no salga.

Búscame un caballero sin fortuna:  
Lo casaré de Clarens con la hija.  
El niño imbécil es, y no le temo.  
Cuidado con dormirte. Dí, repito,  
Que Ana está enferma y que quizás se muera.  
Anda, pues: que atajar me importa mucho  
Toda esperanza que crecer me impida.

(Vase Catesbio.)

Me caso con la hija de mi hermano,  
O está mi trono sobre frágil vidrio.  
¡Matar á sus hermanos y esposarla!  
No es fácil; pero en vida tan sangrienta  
Un crimen de otro crimen se alimenta.  
¡No hay lacrimosa lástima en mis ojos!

Vuelve á entrar el PAJE con TÍRREL.

¿Tírrel te llamas?

TÍRREL. Sí, Jacobo Tírrel,

Y vuestro humilde servidor.

REY RIC. ¿De veras?

TÍRREL. Probadlo, soberano.

REY RIC. ¿Te resuelves  
A matar á un mi amigo?

TÍRREL. Sí, por cierto.

Pero mejor dos enemigos fuera.

REY RIC. Pues eso es. Dos grandes enemigos,  
Que pertuban mi sueño y mi reposo,  
Son los que quiero yo que tú despaches,  
Tírrel, esos bastardos de la Torre.

TÍRREL. Buscad el modo vos de que los vea,  
Y os veréis del terror que os causan libre.

REY RIC. Es música tu voz. Tírrel, escucha,  
Ten: con esta señal. Oye en secreto.

(Le habla al oído.)

No hay nada más que hacer: dime «lo hice»  
Y mi favor tendrás y mi cariño.

TIRREL. Cumpliré vuestro encargo. (Vase.)

Vuelve á entrar BUCKINGHAM.

BUCKING. He pensado, señor, maduramente  
Sobre el asunto de que hablamos antes.

REY RIC. Bien: nada importa. Dórset busca á Ríchmond.

BUCKING. Tal se dice, señor.

REY RIC. Stánley, oid: de vuestra esposa es hijo.

BUCKING. Reclamo que cumpláis vuestra promesa,  
En que están vuestra honra y fe empeñadas.  
El Condado de Herfordia, más los muebles,  
Oferta vuestra fué.

REY RIC. De vuestra esposa,  
Stánley, cuidaréis: si corresponde  
Con Ríchmond, vos seréis el responsable.

BUCKING. ¿Qué contestáis, señor, á mi demanda?

REY RIC. ¡Lo recuerdo muy bien! Enrique sexto  
Profetizó que Ríchmond rey sería  
Cuando un rapaz tan solo Ríchmond era.  
¿Conque rey? ¡Puede ser!

BUCKING. Señor.

REY RIC. Mas ¿cómo  
No me dijo el profeta (allí me hallaba)  
Que á ese Ríchmond yo mismo mataría?

BUCKING. Señor, vuestra promesa del condado...

REY RIC. ¡Ríchmond! Estando en Éxeter ha poco,  
Cortés el fuerte me mostró el Alcalde;  
Y lo llamó «Rouge Mont»: temblé de oírlo;  
Porque un bardo irlandés me dijo ha tiempo  
Que al ver á Ríchmond pronto moriría.

BUCKING. Señor...

REY RIC. Sí; ¿qué hora es?

BUCKING. El recordaros,  
Señor, lo prometido permitidme.

REY RIC. Bueno; mas ¿qué hora es?

BUCKING. Las diez muy cerca.

REY RIC. Bueno: que den.

BUCKING. ¿Por qué que den?

REY RIC. Tan solo

Porque badajo sois que da las horas  
Cuando pordioseáis y yo medito.

Hoy para dar no me cogéis de vena.

BUCKING. Señor, saber vuestra intención deseo.

REY RIC. Me fatigáis. No me cogéis de vena.

(Vanse todos menos Buckingham).

BUCKING. ¿Y es verdad? ¿Así premia mis servicios?  
¿Con tal desdén? ¿Para esto rey lo hice?  
¡Oh, recordar á Hastines es forzoso!  
Huyamos á Brecoquia con presteza,  
Que aun tengo unida al tronco mi cabeza.

### ESCENA III.

Otra habitación del Palacio.

Entra TIRREL.

TIRREL. Consumóse el atroz acto cruento.  
La más infame y criminal matanza  
Que á esta tierra manchó. Foréstio y Díton,  
A quienes soborné para la horrenda  
Feroz carnicería, que en la sangre  
Se deleitan, famélicos mastines,  
Cual dos criaturas, al narrar el hecho,

Lloraban de piedad enternecidos.  
 «Reclinados así,» Díton prorrumpe,  
 «Se hallaban los dos niños;» y Forestio  
 «Así, de esta manera; con sus brazos  
 Puros y alabastrinos se ceñían.  
 Sus labios, de un rosal cuatro capullos  
 En su estival belleza, se besaban;  
 Y sobre la almohada colocado  
 Un libro de oraciones, que al principio  
 Casi me convirtió», dijo Forestio:  
 «Pero el demonio...» Cállase el infame;  
 Y Díton sigue: «Sin piedad ahogamos  
 Las más preciosas obras que creará,  
 Desde que el mundo fué, naturaleza.»  
 En su conciencia heridos, silenciosos  
 De mí se separaron, y á dar parte  
 Al monarca cruel del caso vengo.  
 Ya se acerca.

Entra el REY RICARDO.

Salud ¡oh soberano!

REY RIC. ¿Dí, Tírrel, soy feliz con tus noticias?

TÍRREL. Si os da felicidad que esté cumplido  
 Lo que ordenasteis, sois feliz sin duda,  
 Porque cumplido está.

REY RIC. ¿Los viste muertos?

TÍRREL. Sí, señor.

REY RIC. ¿Y enterrados, mi buen Tírrel?

TÍRREL. El capellán los enterró en la Torre;  
 Pero, á decir verdad, ignoro el sitio.

REY RIC. Ven después de cenar, Tírrel, á verme;  
 Y de estas muertes me darás noticias.  
 Ahora á pensar cómo podré premiarte,  
 Y al punto heredarás á tus deseos.

Hasta después.

TÍRREL. Señor, que Dios os guarde. (Vase.)

REY RIC. De Clarens encerrado queda el hijo;  
 Y á su hija busqué mal casamiento.  
 En el seno de Abraham los hijos duermen  
 De Eduardo; y Ana, mi mujer, del mundo  
 Se despidió. Con Isabel, la hija  
 De mi hermano, casarse Richmond quiere,  
 Buscando la corona. Placentero,  
 Vamos á verla, y seductor amante.

Entra CATESBIO.

CATESBIO. Señor.

REY RIC. ¿Buenas ó malas son tus nuevas,  
 Que entras aquí tan bruscamente?

CATESBIO. Malas.

Elia se ha unido á Richmond. Con los mozos  
 De Gales se echa Búckingham al campo,  
 Y á cada instante su poder aumenta.

REY RIC. Elia y Richmond me inquietan más que turbas  
 Por Búckingham de pronto congregadas.  
 Vamos, que el miedo, si discute, es siempre  
 De torpe dilación siervo de plomo;  
 É impotente, con paso de tortuga  
 La dilación conduce á la miseria.  
 Tus alas dame, actividad, heraldo  
 Digno de un rey, Mercurio, tú, de Jove.  
 Gente reunid; mi numen es mi escudo:  
 Contra traidores diligente acudo. (Vanse.)

## ESCENA IV.

Londres.—Ante el Palacio.

Entra la REINA MARGARITA.

MARGAR. ¡Tanta prosperidad cayó madura  
En las podridas fauces de la muerte!  
¡Sigilosa estos ámbitos recorro,  
Viendo á mis enemigos disiparse!  
Ya el terrible principio se ha iniciado:  
A Francia, pues: será lo que lo siga  
Tan amargo, tan trágico y tan negro!  
¡Margarita infeliz, huye! ¿Quién llega? (Se retira.)

Entran la REINA ISABEL y la DUQUESA DE YORK.

ISABEL. Príncipes infelices, dulces hijos,  
Tiernos capullos, gérmenes amados,  
Si vuestras almas por los aires vuelan  
Y á su eternal mansión aun no ascendieron,  
Las alas agitada en torno mío,  
Y escuchad el gemir de vuestra madre.

MARGAR. (Aparte.) Llegad: decidle que una ley sagrada  
En tinieblas trocó vuestra alborada.

DUQUESA. Tal mi voz apagó la desventura,  
Que, muda, calla mi angustiada lengua.  
¿Por qué cadáver te contemplo, Eduardo?

MARGAR. (Aparte.) ¡Eduardo por Eduardo! ¡Justa suerte!  
¡Quedó extinguida así deuda de muerte!

ISABEL. ¿Tu mansa grey, señor, abandonaste,  
Arrojándola al lobo carnicero,  
O dormiste quizás, señor, entonces?

MARGAR. (Aparte.) Cuando á Enrique mataron y á su hijo.

DUQUESA. Vivo cadáver, ojos que ni miran,  
Triste espectro de un sér desventurado,  
Trasunto del dolor, del mundo oprobio,  
Existencia al sepulcro arrebatada,  
Compendio y relación de aciagos días,  
Aquiete tu inquietud de la Inglaterra  
Este suelo leal, que desleales  
Con sangre de inocentes embriagaron. (Sentándose.)

ISABEL. ¡Concederme pudieras sepultura  
Cual miserable asiento me concedes!  
¡No apoyar, esconder mis huesos quiero!  
¡Ay triste! ¿Quién jamás tan desgraciada?  
(Sentándose al lado de la Duquesa.)

MARGAR. (Adelantándose.)  
Si respeto al dolor senil se debe,  
Respeto á su vejez merece el mío:  
Concededle ceñuda primacía.  
Si en el dolor comunidad existe,  
Viendo mis penas, recordad las vuestras.  
Tuve un Eduardo, lo mató Ricardo.  
Tuve un Enrique, lo mató Ricardo.  
Y tú un Eduardo, lo mató Ricardo.  
Y tú un Ricardo, lo mató Ricardo.

DUQUESA. Yo un Ricardo también que asesinateis;  
Y un Rútlund, y á matármelo ayudasteis.

MARGAR. Y un Clarens tú, mas lo mató Ricardo.  
Sí; de la madriguera de ese vientre  
Salió la fiera que tenaz nos corre;  
Ese perro que ciego dientes tuvo,  
Que ovejas mata cuya sangre bebe,  
Que destruye las obras del Eterno,  
Espantoso tirano de la tierra  
Que reina en ojos que lacera el llanto.

De esas entrañas lo lanzaste al mundo,  
Y hasta la tumba nuestra pista sigue.  
Gracias ¡oh Dios, te doy veraz y justo!  
Ese perro voraz, feroz devora  
El fruto ya del vientre de su madre,  
Que hoy acompaña á lágrimas ajenas.

DUQUESA. Mujer de Enrique, no mi pena insultes:  
Dios me es testigo que lloré las tuyas.

MARGAR. ¡Ah! perdón. Hambre tuve de venganza,  
Y me cebo teniéndola delante.  
Murió tu Eduardo que mató á mi Eduardo,  
Y murió tu otro Eduardo por mi Eduardo,  
Y el joven York también, porque ambos juntos  
El valor de mi pérdida no igualan.  
Murió tu Clarens que mató á mi Eduardo;  
Y están los que la horrible escena vieron,  
Grey, Rivers, Vogan y el infame Hastines  
En sus tumbas sepultos á deshora.  
Vive Ricardo, del averno espía,  
Su vil ministro, para que almas compre  
Y allí las mande. Pero cerca, cerca  
Se halla su triste fin, que nadie llora:  
Se abre la tierra y el infierno hierve,  
Los diablos rugen y los santos rezan  
Para que pronto de la tierra salga.  
De su vida cancela la escritura,  
¡Oh Dios! que diga yo «¡murió ese perro!»

ISABEL. ¡Ah, tú profetizaste que contigo  
Maldecir á esa araña monstruosa,  
A ese deforme sapo, desearía!

MARGAR. Reflejo te llamé de mi fortuna,  
Atribulada imagen de una reina,  
De lo que fui trasunto, decorado  
Anuncio de espectáculo tremendo,

Ser elevado para hundirse solo,  
Crédula madre de amorosos hijos,  
Soñada realidad, aliento vano,  
Hueca burbuja, dignidad fingida,  
Blanco ostentoso de certeros tiros,  
Y reina de oropel de una comedia.  
¿Dónde se halla tu esposo? ¿Tus hermanos  
Dónde están y tus hijos y tu dicha?  
¿Quién con «¡viva la Reina!» te saluda?  
¿Dónde los nobles, dí, que te adulaban?  
¿Dónde las turbas, dí, que te seguían?  
Sin eso ya, tu situación contempla.  
En vez de esposa, mísera viuda;  
En vez de madre, quien el nombre llora;  
En vez de Reina, te coronan duelos;  
En vez de que te pidan, tú ya pides;  
En vez de obedecerte, te desprecian;  
En vez de tú insultarme, yo te insulto.  
Así en su curso la justicia gira;  
Y ahora, del tiempo miserable presa,  
Conservas de tu ayer sólo el recuerdo,  
El mayor torcedor de tu presente.  
Ya mi puesto usurpaste; pero, dime,  
¿También no usurpas mi dolor ahora?  
Ya la mitad del peso de mi yugo  
Tu cuello soportó. Ténlo ya todo:  
De él mi cabeza fatigada aparto.

¡Adiós, mujer de York, Reina sombría,  
Francia del llanto inglés hará que ría!  
¡Oh tú, tan avezada á maldiciones,  
Un instante detente. Dime ¿cómo  
Puedo yo maldecir á mis contrarios?

MARGAR. Vela de noche; con la luz ayuna;  
El muerto gozo con el vivo duelo



Compara; juzga que tus hijos eran  
Aun más bellos, más monstruo su asesino;  
Exagera tus pérdidas, la infamia  
Así exageras de su autor funesto,  
Y á maldecir aprenderás con esto.

ISABEL. Con tu palabra anima mi palabra.

MARGAR. Filo y punta el dolor en ella labra. (Vase.)

DUQUESA. ¿Por qué el dolor en voces se formula?

ISABEL. Del infortunio necios abogados,  
De muertos goces vanos herederos,  
De desgracias menguados oradores;  
Mas no los atajéis, que al menos hacen  
Ceder las penas que en el pecho nacen.

DUQUESA. Conmigo entonces ven. Libre la lengua;  
Y ahogue el ambiente de terribles voces  
Al hijo vil que ha ahogado á tus dos hijos.

(Oyense tambores.)

Es su tambor. No ahorres tus lamentos.

Entran el REY RICARDO y acompañamiento marchando.

REY RIC. ¿Quién el paso me cierra?

DUQUESA. ¡Desgraciado!

Quien el paso cerrar te pudo un día,  
Ahogándote en su vientre maldecido  
En la senda de tanto y tanto crimen.

ISABEL. ¿De áurea corona tú la frente ornada  
Donde escrita debiera estar con fuego  
Del poseedor legítimo la muerte,  
Y de mis hijos míseros y hermanos  
La matanza feroz? Cruel, responde:  
Infame siervo, ¿dónde están mis hijos?

DUQUESA. Sapo vil, ¿dónde está tu hermano Clarens?  
¿Dónde el niño Plantágenet su hijo?

ISABEL. ¿Dónde Vogan y Grey y el noble Rivers?

DUQUESA. ¿Dónde Hastines el justo?

REY RIC. Tañed, clarines; redoblad, tambores;  
No escuche el cielo á lenguaraces hembras  
Insultar al ungido del Eterno.  
Que redobléis he dicho.

(Suenan clarines y tambores.)

Tened calma

Y habladme con mesura, ó vuestras quejas  
Ahogaré yo con bélicos clamores.

DUQUESA. Mas ¿no eres hijo mío?

REY RIC. A Dios gracias, á vos y á mi buen padre.

DUQUESA. Soporta, pues, paciente mi impaciencia.

REY RIC. Vuestro carácter heredé, señora:  
No soporto el acento del reproche.

DUQUESA. Déjame hablar.

REY RIC. Hablad, mas nada escucho.

DUQUESA. Serán dulces y humildes mis palabras.

REY RIC. Y pocas, madre mía, tengo prisa.

DUQUESA. ¿Tan grande prisa tienes? En un potro  
Bien sabe Dios que te esperé sufriendo.

REY RIC. ¿Pero no vine al fin para calmaros?

DUQUESA. ¡No, vive Dios! Lo sabes bien. Naciste

E infierno para mí la tierra hiciste.

Fuéme tu nacimiento empresa dura;

Áspera fué tu infancia y caprichosa;

Tu juventud terrible, impetuosa,

Agitada y feroz; tu edad madura,

Audaz, aventurera y atrevida;

Y, entrado en años, orgulloso, artero,

Sanguinario y traidor, mas escondida

Tu maldad: en tu furia más certero.

¿Qué hora feliz en tu compañía tuve?

REY RIC. Cuando sonaba de comer la hora,

Que os llamaba á dejar mi compañía.  
Si mi vista os ofende así, dejadme  
Partir, señora, para no ofenderos.  
Redoblad.

DUQUESA. Te suplico que me escuches.

REY RIC. Con harta hiel habláis.

DUQUESA. Una palabra:  
Jamás he de volver á hablar contigo.

REY RIC. ¿De veras?

DUQUESA. O morirás de Dios por la justicia  
Antes que tornes de la lid triunfante;  
O yo en la ancianidad, harta de angustias,  
Moriré sin volver á verte el rostro:  
Recibe, pues, mi maldición eterna.  
Que te oprima al lidiar más que te oprime  
La pesada armadura que te cubre.  
Al bando opuesto irán mis oraciones.  
Las inocentes almas de los hijos  
De Eduardo animarán á tus contrarios,  
Brindándoles ventajas y victorias.  
Será tu fin, sangriento sér, sangriento:  
La infamia te sirvió tu vida entera;  
Y la infamia, al morir, también te espera. (Vase.)

ISABEL. Aunque más maldecirte debería,  
Amén tan solo á lo que dice digo. (Yéndose.)

REY RIC. Deteneos, señora; una palabra.

ISABEL. Hijos no tengo ya de regia sangre  
Para que tú los mates; y mis hijas  
Pobres monjas serán, no tristes reinas:  
A sus vidas no asestes, pues, tus dardos.

REY RIC. Una hija tenéis honrada, hermosa,  
Noble y gentil, y que Isabel se llama.

ISABEL. ¿Por eso ha de morir? No: su pureza  
Yo trataré que pierda y su hermosura.

Diré que falsa fui de Eduardo al lecho;  
La cubriré del manto del oprobio.  
Por salvarla de esbirros tan feroces,  
Que no es hija de Eduardo diré á voces.

REY RIC. Su cuna no insultéis. Regia es su sangre.

ISABEL. Diré que no, si salvo así su vida.

REY RIC. Es su seguridad su regia cuna.

ISABEL. Seguridad funesta á sus hermanos.

REY RIC. Al nacer se opusieron sus estrellas.

ISABEL. Traidores á sus vidas se opusieron.

REY RIC. Nuestros destinos son incontrastables.

ISABEL. Sí: cuando tuerce el crimen al destino.

Mejor muerte á mis hijos esperaba,

Si hubiese sido aquí mejor tu vida.

REY RIC. Habláis cual si á mis deudos muerto hubiera.

ISABEL. ¿Deudos! Su deudo débeles ventura,

Reino, parientes, libertad y vida.

Aunque otra mano atravesó sus pechos,

Tu cabeza ordenó la vil hazaña.

El cuchillo fatal sin filo y punta

Fué en ese pétreo corazón vaciado,

Y en sangre se gozó de mis corderos.

Si reprimir la pena no domase,

La pena más feroz, á tus oídos

No mi lengua á mis hijos nombraría

Sin que anclaran mis uñas en tus ojos,

Y en contienda mortal hecha pedazos,

Sin jarcias y sin velas, triste nave,

En tu pecho de roca naufragara.

REY RIC. Os juro, así se muestre la fortuna

Favorable en la lid feroz que emprendo,

Que hoy, señora, más bien hacer ansío

Á los vuestros y á vos que el mal que os hice.

ISABEL. ¿Qué bienes ocultar el cielo puede

- Que hacerme puedan bien al revelarse?
- REY RIC. Dama gentil, que asciendan vuestros hijos...
- ISABEL. Á un patíbulo á ser decapitados.
- REY RIC. A la más alta dignidad y puesto:  
Á la gloria mayor que el mundo ofrece.
- ISABEL. Con su recuerdo mi dolor adulas.  
¿Qué dignidad, qué puesto, ni qué gloria  
Te es posible ofrecer á un hijo mío?
- REY RIC. Cuanto yo tengo. Sí. Yo mismo. Todo  
Quiero ofrecer en dote á la hija tuya,  
Si en el Leteo de tu mente airada  
Quieres ahogar el infeliz recuerdo  
De los supuestos daños que te hice.
- ISABEL. Acaba; que el narrar de tus bondades  
Durará más que tus bondades duran.
- REY RIC. Pues bien, sabrás que con el alma toda  
Amo á tu hija yo.
- ISABEL. Con toda el alma  
Piensa en eso la madre de mi hija.
- REY RIC. Mas ¿qué piensas?
- ISABEL. Que la amas con el alma,  
Cual con el alma amaste á sus hermanos,  
Cual con el corazón te lo agradezco.
- REY RIC. No impaciente confundas lo que digo:  
A tu hija hermosa con el alma adoro,  
Y ella será la reina de Inglaterra.
- ISABEL. Mas ¿quién será su rey se te figura?
- REY RIC. El que la quiere reina hacer. ¿Quién otro?
- ISABEL. ¿Quién? ¿Tú?
- REY RIC. Yo propio. Dí, ¿qué te parece?
- ISABEL. ¿Cómo la vas á enamorar?
- REY RIC. Tú misma  
Me puedes enseñar de qué manera.
- ISABEL. ¿Lo aprenderás de mí?

- REY RIC. Con toda el alma.
- ISABEL. De sus hermanos mándale al verdugo  
Con los nombres de Eduardo y York escritos  
Sobre dos corazones palpitantes:  
Acaso llore. Entonces le presentas,  
Cual hizo con tu padre Margarita,  
Tinto en sangre de Rútland, un pañuelo:  
Que está empapado en la purpúrea savia  
De los cuerpos, dirás, de sus hermanos,  
Y que ahí seque sus párpados llorosos.  
Mas si tantos halagos no la vencen,  
Mádale relación de tus hazañas:  
Dí que á Clarens, su tío, asesinaste,  
Y á Rivers, y también dí que por ella  
Ana, su tía, sepultada ha sido.
- REY RIC. ¿Te burlas? No se gana, no, á tu hija  
De este modo, señora.
- ISABEL. Pues no hay otro;  
Á no ser que, tomando forma nueva,  
No seas el Ricardo que tal hizo.
- REY RIC. Tú le dirás que por su amor lo hice.
- ISABEL. Pues entonces es fuerza que te quiera  
Si compraste su amor con sangre tanta.
- REY RIC. Oye. Lo hecho deshacer no es dado.  
El hombre á veces torpemente obra  
Y se arrepiente luégo. Si á tus hijos  
El reino yo usurpé, mi falta puede  
Subsanarse entregándolo á tu hija.  
Si muerte al fruto dí de tus entrañas,  
Para que tú revivas, fruto mío  
De tu sangre obtener puedo en tu hija.  
No es menos dulce el título de abuela  
Que el amoroso título de madre:  
Hijos son que un peldaño aparta sólo,

Y son de sangre idéntica y valfa.  
 Hijos de igual dolor, exceptuada  
 Una noche de angustias que padece  
 Quien te obligó á pasar la misma pena.  
 Tu juventud tus hijos perturbaron;  
 Mas tu vejez consolarán mis hijos.  
 Perdiste el que reinara el hijo tuyo;  
 Mas por pérdida tal reina tu hija.  
 No puedo resarcirte cual quisiera;  
 Acepta, pues, el bien que hacerte puedo.  
 Á tu hijo Dórset, que con alma adusta  
 En tierra extraña al descontento guía,  
 Tan dulce lazo hará tornar á casa,  
 Y obtendrá posición y altos honores.  
 El rey que á tu hija bella llame esposa,  
 A Dórset llamará querido hermano.  
 Otra vez tú serás de reyes madre:  
 De tu dolor con creces las miserias  
 Resarcirán tesoros de ventura.  
 Largos días de gozo alcanzaremos;  
 Y esas gotas de lágrimas que viertes  
 Retornarán en perlas transformadas,  
 Como interés del préstamo, logrando  
 Así diez veces su valor en dichas.  
 Vé, madre mía, y á tu hija busca,  
 Disipa su rubor con tu experiencia;  
 Enséñala á escuchar amante historia;  
 Abre su pecho á la anhelante llama  
 De la ambición, y dí cuán dulcemente  
 Corren las horas de nupcial ventura.  
 Y al castigar este mi brazo al torpe,  
 Necio, rebelde Búckingham, ciñendo  
 Corona de laurel, guiaré á tu hija  
 Del victorioso al tálamo, mis triunfos

Deponiendo á sus pies: será de César  
 Ella no más el César victorioso.

ISABEL. ¿Qué diré? ¿Que el hermano de su padre  
 Quiere ser su señor; ó bien su tío,  
 O el matador de tíos y de hermanos?  
 ¿Con qué título puedo interesarla  
 Que Dios, la ley, mi honor ó mi cariño  
 Pueda realzar ante sus tiernos años?

REY RIC. Háblale de la paz de la Inglaterra.

ISABEL. Que comprará con guerra perdurable.

REY RIC. Dile que el Rey que manda le suplica.

ISABEL. Hacer lo que prohíbe el Rey de reyes.

REY RIC. Que será reina excelsa y poderosa.

ISABEL. Para llorar su suerte cual su madre.

REY RIC. Dile que siempre yo tendré de amarla.

ISABEL. Mas ¿cuánto tiempo durará ese «siempre»?

REY RIC. Florecerá mientras su vida dure.

ISABEL. Mas ¿cuánto, dí, florecerá su vida?

REY RIC. Mientras el cielo y su salud la alarguen.

ISABEL. Mientras quieran Ricardo y el infierno.

REY RIC. Que es su vasallo su monarca dile.

ISABEL. El vasallo detesta á su monarca.

REY RIC. Mi causa apoya tú con elocuencia.

ISABEL. Más sin adornos la verdad se entiende.

REY RIC. Cuéntale, pues, mi cuita sin adornos.

ISABEL. Suenan mal sin adornos las mentiras.

REY RIC. ¡Razones animadas, mas someras!

ISABEL. ¡No; muertas y profundas! ¡Pobres niños,  
 En lo profundo de sus tumbas muertos!

REY RIC. No toques esa cuerda. Pasó todo.

ISABEL. Hasta estallar del corazón las cuerdas.

REY RIC. ¡Por mi San Jorge y liga y mi corona...

ISABEL. Que hollaste, que manchaste y usurpaste.

REY RIC. Te juro yo...

ISABEL. Por nada: no, no jures:  
No es ese juramento. Tu San Jorge,  
Profanado, perdió su sacro brillo.  
Tú de tu liga la virtud manchaste;  
Y extinguiste el fulgor de tu corona.  
Para que fe te den, jura por algo  
Que no hayas ofendido.

REY RIC. Por el mundo.

ISABEL. De tus maldades lleno.

REY RIC. Por la muerte  
De mi padre.

ISABEL. Su vida has deshonrado.

REY RIC. Pues por mí.

ISABEL. Tú á tí mismo te dañaste.

REY RIC. Pues por Dios.

ISABEL. A quien más ofensa hiciste.  
Si sacros juramentos respetaras,  
Ni la paz promovida por tu hermano  
Rota estuviera, ni mi hermano muerto.  
Si sacros juramentos respetaras,  
La áurea diadema que tu frente ciñe  
Las sienes de mi niño adornaría,  
Y alentarán mis hijos; mas ahora,  
Antes de tiempo, con el polvo duermen,  
Vil pasto de gusanos, por tu causa.  
¿Por qué vas á jurar?

REY RIC. Por lo futuro.

ISABEL. Lo futuro ofendiste en lo pasado.  
Yo misma el mal que á mi pasado hiciste  
Lavaré con mi llanto en mi futuro.  
Hijos viven de padres que mataste,  
Sin protección; vejez tendrán amarga.  
Padres de hijos degollados viven,  
Secas plantas; vejez tendrán amarga.

¿Á qué jurar por lo futuro quieres?  
Antes de conseguirlo lo arruinaste  
Con el tiempo de ayer que malgastaste.

REY RIC. ¡Así prospere en mi arriesgada empresa,  
Cual trato de hacer bien y arrepentirme!  
¡Conmigo propio luche! ¡Dulces horas  
Jamás me brinde el cielo ni la suerte!  
¡Ni el sol me dé su luz, ni paz la noche!  
¡Los astros de ventura se me opongan,  
Si immaculado amor y sacro afecto  
No brindo á tu gentil y excelsa hija!  
Mi dicha en ella cual la tuya existe:  
Sin ella veré yo, cual tú, cual ella,  
Muerte y desolación, llanto y ruina.  
No se puede evitar más que con esto,  
Y no se evitará más que con esto.  
Por tanto, madre amada, tal te llamo,  
Sé tú procurador de mis amores;  
Arguye lo que haré, no lo que hice,  
No lo que valgo, mi valer futuro,  
Y del caso la urgencia. Escrupulosa  
No seas al tratarse grandes causas.

ISABEL. ¿Dejaré que me tienta así el demonio?

REY RIC. Sí; si el demonio para el bien te tienta.

ISABEL. ¿He de olvidar lo que yo soy, yo misma?

REY RIC. Sí; si acordarte es mal para tí misma.

ISABEL. Mas mataste á mis hijos.

REY RIC. De tu hija en el vientre los sepulto,  
Do, en perfumado nido, de sus restos  
Renacerán para consuelo tuyo.

ISABEL. ¿Y para tí ganar debo á mi hija?

REY RIC. Madre feliz serás, si así lo hicieres.

ISABEL. Iré. Pronto de tí saber espero,  
Y tú sabrás por mí lo que contesta.

REY RIC. Adiós; y el beso de mi amor conduce.

(Besándola. Vase la Reina Isabel.)

¡Frágil mujer al fin, necia y mudable!

Entra RATCLIFIO. CATESBIO lo sigue.

¿Qué noticias? Responde.

RATCLIF. Señor, del Occidente allá en las costas  
Llegó potente armada. A las orillas  
Mucho dudoso y falso amigo acude,  
Inerme y sin afán de repelerla.

El almirante es Richmond, según dicen,  
Y, allí anclados, la bienvenida aguardan  
Que debe darles Búckingham en tierra.

REY RIC. Un amigo veloz vuela en seguida  
Al Duque de Norfoquia. Tú, Ratclifio;  
O tú, Catesbio. ¿Dónde estás?

CATESBIO. Presente.

REY RIC. Volando al Duque. Al punto á Salisburia.

(A Ratclifio.) Cuando llegues... ¡Estúpido villano!

(A Catesbio.) ¿Qué haces ahí sin ir á ver al Duque?

CATESBIO. Poderoso señor, que sepa al menos  
Qué le debo decir de parte vuestra.

REY RIC. Es verdad, buen Catesbio; que reuna  
Toda la fuerza que reunir pudiere,  
Y que me encuentre al punto en Salisburia.

(Vase Catesbio.)

RATCLIF. Señor, ¿qué debo hacer en Salisburia?

REY RIC. ¿Y qué puedes hacer sin que yo vaya?

RATCLIF. Señor, dijisteis que partiera al punto.

Entra STÁNLEY.

REY RIC. Mudé opinión. Stánley, vuestras nuevas.

STÁNLEY. Ni tan buenas, señor, que os guste oírlas,  
Ni tan malas que deban de callarse.

REY RIC. ¡Hola! ¿Enigmas? Ni buenas son, ni malas.  
¿A qué tantos rodeos? Vuestra historia  
Referirme podéis por el atajo.  
Otra vez: ¿qué noticias?

STÁNLEY. A los mares

Lanzóse Richmond.

REY RIC. Pues que allí se hunda.

¡Cobarde fugitivo! ¿Qué pretende?

STÁNLEY. Señor, tan sólo adivinarlo puedo.

REY RIC. Pues bien. ¿Qué adivináis?

STÁNLEY. Que, querido

Por Búckingham, por Dórset y por Elia,  
Viene á Inglaterra en pos de la corona.

REY RIC. ¿Nadie en el trono está, ni empuña espada?

¿Muerto está el Rey y está el país sin amo?

¿Qué heredero de York sino yo vive?

¿Y quién sino de York el heredero

Es el Rey de Inglaterra? Pues entonces,

Decidme, ¿para qué cruza esos mares?

STÁNLEY. Si es que por eso no, no lo adivino.

REY RIC. ¿Si es que no viene á ser vuestro monarca,

No adivináis á lo que el Galo viene!

Me haréis traición, é iréis con él me temo.

STÁNLEY. Señor, de mí desconfiar no es justo.

REY RIC. ¿Dónde están vuestras tropas que no atacan?

¿Dónde vuestros vasallos y parciales?

¿No amparan en las playas de Occidente

Del traidor ahora mismo el desembarco?

STÁNLEY. En el Norte se encuentran mis amigos.

REY RIC. De hielo son. Y ¿qué hacen en el Norte

Si al Rey deben servir en Occidente?

STÁNLEY. Sin órdenes están, noble Monarca.

Si vuestra Majestad me da permiso,

A mis amigos reuniré, y al punto,

Y á la hora que indiquéis, saldré á encontraros.

REY RIC. Ya, ya. Partir queréis; iros con Richmond.  
No me fio de vos.

STANLEY. Rey poderoso,  
Que vos dudéis de mi amistad no es justo;  
Jamás he sido yo ni seré falso.

REY RIC. Idos. Gente reunid. Pero aquí quedé  
Vuestro hijo Jorge. Ved de ser sincero,  
Ó su cabeza no estará segura.

STANLEY. Cual os trate yo á vos, señor, tratadlo. (Vase.)

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. Señor, según me avisan mis amigos,  
En Devonsiria el Conde Eduardo Cortna,  
Y su hermano mayor el orgulloso  
Obispo de Exetér, están en armas  
Reuniendo numerosos partidarios.

Entra segundo MENSAJERO.

MEN. 2.º En Kent, señor, los Guilfors se rebelan,  
Y á cada instante se les une gente  
Aumentando el ejército enemigo.

Entra tercer MENSAJERO.

MEN. 3.º Señor, del noble Buckingham la fuerza...

REY RIC. ¡Búhos, callad! ¿Cantos de muerte sólo?  
(Golpeándole.)

Ten esto hasta traer nuevas mejores.

MEN. 3.º Las noticias, señor, que yo os traía  
Eran que, á causa de feroz borrasca,  
Dispersa está de Buckingham la fuerza;  
Y él, ignorado, vaga fugitivo.

REY RIC. ¡Oh! perdóname tú. Toma mi bolsa  
Para curar el golpe que te he dado.

¿Algún prudente amigo no ha ofrecido  
Recompensar al que al traidor aprese?

MEN. 3.º Ya ofrecieron, señor, la recompensa.

Entra cuarto Mensajero.

MEN. 4.º Dicen, señor, que Lóvel y que Dórset  
Á las armas en York han acudido.  
Este consuelo, sin embargo, os traigo:  
Cruda borrasca dispersó la armada.  
Un bote á tierra Richmond en Dorsecia  
Envió, para ver si de su bando  
Eran las tropas que en la playa había;  
Que era gente de Buckingham le dicen,  
Y amigos todos, mas dudando de ellos,  
Largó las velas y partió á Bretaña.

REY RIC. Marchad, marchad. Las armas que empuñamos,  
Si á luchar ya no van con extranjeros,  
En nuestro hogar acaben con rebeldes.

Vuelve á entrar CATESBIO.

CATESBIO. Preso el Duque de Buckingham se halla.  
Es la mejor noticia. Que en Milfordia  
Richmond desembarcó con grande fuerza,  
Nuevas de hielo son, que han de decirse.

REY RIC. Á Salisburia, pues. Mientras hablamos  
Ganar, perder se puede una batalla.  
Uno á avisar que á Salisburia lleven  
Á Buckingham. El resto, que me siga.

(Clarines. — Vause.)

## ESCENA V.

Una habitación en el palacio del Conde de Stánley.

Entran STÁNLEY y CRISTÓBAL URSIQUIO.

- STÁNLEY. Ursiquio, le diréis á Richmond esto:  
 Que mi hijo Jorge se halla en la zahurda  
 Del jabalí sangriento aprisionado.  
 Caerá, si me rebelo, su cabeza,  
 Y que eso impide mi presente auxilio.  
 Mas ¿dónde el noble Richmond hoy se halla?
- URSIQUIO. En Pembroquia, ó si no, quizás en Gales.
- STÁNLEY. ¿Qué gente de valer con él se ha unido?
- URSIQUIO. Gualtiero Herberto, intrépido soldado,  
 Gilberto Tálbot y Guillermo Stánley,  
 Oxfordia, á más Pembroquia, Blunt y Ricio  
 Con su tropa valiente, y muchos nobles  
 De fama y de valor; y á Londres marchan  
 Si en su camino obstáculos no encuentran.
- STÁNLEY. Volved á ver á mi señor. Decidle  
 Que, gustosa, la Reina que se case  
 Consentirá con Isabel su hija.  
 Mi intención le descubro en esta carta.  
 (Le entrega una carta.)
- Adiós. (Vanse.)